

carencias de los «años rojos», al terminar los Cursos de Divulgadoras pide puesto en cualquier rincón aireado y sano de la geografía española.

DEL CAMPO A LA CIUDAD

«Mami querida y Sarita preciosa: Estoy estupenda. Ni una décima, y hasta gorda. Sólo el pensamiento y la ausencia hacen sangrar recuerdos. Pero de ellos hemos quedado en que no tenemos derecho a alimentar nuestro egoísmo de dolor.

El hecho es que los ganglios, conseguidos con tanta economía, desaparecen; que apenas me fatigo y que creo que en unos meses más de campo llegaré a campeona de atletismo. Y todo esto en una cura maravillosa de que-hacer al servicio de nuestros ideales.

Tenemos «unos casos preciosos». Hubo, por ejemplo, un pequeño foco infeccioso, y los enfermos nos tomaron tanto cariño que no consentían siquiera que se acercaran las familias a cuidarlos. Esto, rareza de la enfermedad, tiene la justificación de que, lógicamente, nosotras estamos mejor preparadas para aliviarlos y les inspiramos mayor confianza.

Las camaradas son maravillosas. Una, obrera de fábrica, dedica las horas libres a la Divulgación. El otro día había que llevar dos chiquillos al Sanatorio Antituberculoso. Ella los acompañó en una ambulancia. Luego, no sé qué pasó que ésta se vino, dejando allí a los viajeros. Y como sólo pudo ingresar de momento uno de los enfermitos, la Divulgadora, para no pasar fuera la noche e inquietar a la familia, se volvió andando con el niño en brazos... Y el Sanatorio quedaba a unos quince kilómetros de la ciudad...

Son, cada día, heroísmos callados y magníficos, pero tan sencillamente realizados que acabaremos creyendo que todo ello es natural.

Cuéntame tú, semidocora, tus tareas madrileñas...

Abrazos muy fuertes.

JULIA.»

DE LA CAPITAL AL CAMPO

«Muchas veces comenté con mamá, Julia querida, que tu reposo no sería tal. Pero ella, tan magnífica en todo, comprende como yo que la salud del cuerpo dimana siempre de la del alma. Y para ti, valerosa, activa, falangista, el contento de tu labor repercutirá en tus fuerzas. Adelante pues..., midiendo tus condiciones. Y sigue contándome casos. Yo «te convidó» a los de aquí.

Continúo mis faenas de Visitadora, y aunque hay días en que el trabajo es duro porque las comunicaciones de Madrid son bastante complicadas, los resultados bien compensan el esfuerzo.

De Cuatro Caminos al Pacífico, de Ventas a Vallehermoso, no cesamos de visitar y de atraer hacia nuestros Dispensarios familias enteras y pobres madres que por ignorancia ponían en constante riesgo su salud y la de sus hijitos. Desde los primeros meses de su embarazo las vigilamos y sometemos a nuestro consejo, a nuestras visitas, a nuestra propaganda sanitaria. Vacunamos los chiquillos, luchamos contra los parásitos —te confieso mis rabietas al encontrarme alguno saliendo de sus casas—, divulgamos, en fin, las más elementales reglas de higiene y los beneficios de las leyes sociales del nuevo Estado, realizamos con el más ardido entusiasmo las consignas, e intentamos llevar a todas las viviendas el espíritu de hermandad, camaradería y optimismo de la Falange.

Y no lo debemos de hacer tan mal. Ya ves, pese a todo el revuelo, la milagrosa brevedad y la relativa poca importancia que tuvo estos meses pasados la epidemia de tifus, en este pobre Madrid tan lógicamente lleno de cicatrices de toda índole todavía.

Cuéntame cosas. Me gusta saber de ti.

SARO.»

EN LA SIERRA

«Querida Sarita: Me doy unas caminatas fantásticas, pero no te asustes. La Jefe Provincial me ha concedido el usufructo de un precioso burro para las excursiones más extraviadas, y esto me permite un aire deportivo elegantísimo.



ENFERMERAS Y DIVULGADORAS

Hasta el año 35, los de García Rodríguez eran una clásica y honesta familia de la clase media española. El padre, comandante de la Guardia civil, pidió el traslado a Madrid porque, al crecer los chicos, el ambiente de la capital le pareció más propicio a su formación cultural. Con un sueldo modesto, la vida no ha sido nunca demasiado cómoda, pero la señora de García Rodríguez practicaba con verdadera maestría las más complicadas reglas de una perfecta organización doméstica.

Arturo, el chico mayor, con veintidós años se licenció en Derecho. Y si no hubiera sido por sus actividades en servicio de la perseguida Falange Española, en las oposiciones del 36 se hubiera llevado plaza en la Judicatura. Las hijas, Sarita y Julia, una en tercero de Farmacia, y la otra, menos estudiosa, acabando Comercio, eran sencillo ejemplo de lo que puede ser este tipo de posición social, culta y trabajadora, que por un equivocado enfoque de sus posibilidades dió, en los primeros años de este siglo, tanto margen a la sátira de novelistas y saineteros.

El invierno del 35 fué muy crudo. Sarita, despreocupada, tuvo un catarro fuerte y lo cuidó mal. Le quedaron unas décimas. Como no quiso perder curso, estudió muchas tardes, febril y fatigada. El médico recomendó una temporada de sol y reposo. Vencido el examen, Sarita y su madre salieron para un pueblecillo, barato, de la Sierra de Grédos. Cuestión de pasar el verano reponiéndose un poco. El comandante y sus dos hijos quedaron en Madrid y se turnarían para pasar también días de campo y reposo. Arturo no quiso dar fechas ni plazos. Se debía, naturalmente, a la Falange, aquellos días en vibrante inquietud...

El 20 de julio moría en el Cuartel de la Montaña. Quince días después, saqueada la casa y el comandante durmiendo para siempre bajo cualquier montón de tierra calcinada en la Casa de Campo. Julia no tenía más amparo en la ciudad dolorida que el difícil apoyo de sus camaradas de credo.

De la Sierra de Avila no podían llegar noticias. Del hogar familiar no quedaba nada. Treinta y dos meses así.

Abril del 39 reunió a las tres mujeres sin sombra varonil. Culto de recuerdo y fe. Emoción dolorida. Serenidad. Las fuerzas que se pierden en lágrimas hacen falta después para el ardimiento. A trabajar. Sarita ha terminado su carrera de Farmacia. Y en la Regiduría Central de Divulgación y Asistencia Sanitaria Social labora y presta servicio. Julia, muy quebrantada por las penalidades y

